

El poso de los días

Dionisia García. «Diario abierto».
Trieste. Madrid, 1990.

JUANA CASTRO

MAS allá del amor franciscano se asienta, también en lo inanimado, el poso de la vida. Una poesía que se detiene, serena pero alerta, en la cotidianidad, el tiempo, los objetos, el paisaje. Paz cuasi divina posada sobre sí y el mundo. Nada se desboca. Nada chirría. Todo irradia serenidad, contención, calma. Madurez que ama tanto en cercanía como en distancia.

Sobriedad y sabiduría serían los sustantivos de aproximación para este libro, el sexto en la obra poética de Dionisia García, nacida en Fuente Alamo (Albacete) y licenciada en lenguas románicas. Anteriormente había publicado «El vaho en los espejos» (Murcia, 1975), «Antifonas» (Murcia, 1978), «Mnemosine» (Adonais, 1981), «Voz perpetua» (Málaga, 1982) e «Interludio» (El Bardo, Barcelona, 1987), además de un texto narrativo «Antiguo y mate», y otro aforístico «Ideario de otoño».

El título quizá quiera responder a una diversidad temática que, en la lectura no resulta tal, porque un hilo continuo engarza los poemas aunque también los haya la autora dividido en dos partes: «Edades» y

«Mirador». Al compás del tiempo surgen los versos, batido hermosamente el presente por la constante presencia del recuerdo. Dentro de ese tiempo diverso, septiembre es un mes entre mágico y mítico, resonador, marcando la distancia del quehacer y el estío, la mudanza del vivir, su personal camino. En cuanto al espacio, aparecen tres lugares que podrían también corresponderse —o superponerse— con otros tantos tiempos: La ciudad de la vida cotidiana, del trabajo, una casa rural habitada o traída a la memoria, y el ambiente marino de un posible espacio vacacional. Tres lugares distintos, contrapuestos y, sin embargo, unidos.

Aunque ella en alguna entrevista ha dicho que su poesía podría ser considerada elegíaca, ese aspecto sólo se percibe en cuanto a la vivencia de la soledad —tan amada— y la memoria del pasado. ¿Cómo es posible que amando se esté solo?, se pregunta en «In-

teriores». Pero la dulcedumbre se impone a todo, en esa justa expresión que extrae el zumo con objetividad y concreción azorinianas, por casi elemental y descriptiva. No se permite ni un desborde ni un latido de más, dejándole al lector la adivinación del sentimiento escondido en la palabra. La contención filtra alegría y filtra gozos, adelgaza la tristeza y depura el lenguaje hasta sus límites (el poema «Horas siena» es un ejemplo).

La ciudad, que para tantos es un infierno, se expande en ella como ámbito posible para la observación, la duda existencial y la meditación. Se dulcifica, purificada por trazos que son pinceladas escuetas y certeras: *En la ciudad/ la lluvia es un olvido. Vive y pasa por la vida con los sentidos abiertos, abierta igual que el adjetivo que da título al «Diario». Vista, oído, olfato, tacto y gusto de par en par dispuestos y presentes, ahondando en la vida y en las*

cosas, en su oculta belleza en desamparo.

Cuando recuerda no añora, recuerda. Vive, superpone y revive hasta convertir en eternos, casi divinos, los instantes, los ámbitos, los seres y las cosas. Así en «Aromas de secano», el escenario marino deviene, por contraste, otros escenarios ya vividos y tal vez lejanos.

Pero la meditación existencial está en las cosas, parte de los objetos. Objetos que aún viven y que, sin vivir, guardan dentro de sí mismos tanta vida: una caja, la despensa, fotografías, un guardarropas o una taza son dianas a las que lanzar la flecha de la percepción que aúna a la memoria del pasado. Dionisia García, sin renunciar a la estática contemplación del objeto, avanza aún más: Recapacita, goza, se pregunta, espera o sufre: *Alquilad esta casa/ y sus enseres./ Todo puede servir para otras vidas./ Quizá la pasión nueva*

transforme lo cansado,/ y recoja la cuna del naranjo/ infantes de otra casta de mundo...

El encanto de esta poesía parte de la vitalidad de la memoria —línea poética que inauguró con «Mnemosine»—, en su ir y venir del presente al pasado y viceversa: *Mientras el tiempo, esa levedad*, dice. Pocas veces se detiene en la mera evocación (véase «Lavanderas»), pues cada mirada es, sin interrupciones, punto de partida para el memorial viaje: «Regreso al patio», «Aquella muchacha en sus telas», «Tempestad», «Despedida»... En los últimos versos de «Inmenso cielo» pueden apreciarse los mencionados espacios, junto con otros elementos señalados, como son la yuxtaposición de los tiempos, la actitud contemplativa o la reflexión.

Pero todos estos temas, de tanta tradición al fin en la poesía universal, no aportarían nada nuevo si no hubieran sido levantados con esa elegante levedad de medios expresivos, candidez conseguida por un largo camino, en el empleo de un lenguaje despojado de todo barroquismo, tendente hacia una novísima parquedad sin fisuras, pero honda y entrañablemente poético: Una especial mística que vuelve por sus fueros, hallada en su forma más precisa y directa.

«Sobriedad y sabiduría serían los sustantivos de aproximación para este libro, el sexto en la obra poética de Dionisia García.»